

Ignasi García

MIGUEL Y EL CABALLERO DE LAS ESTRELLAS



ALGAR
JOVEN

Miguel, hundido en su silla, observaba a la jueza con el corazón en un puño mientras esta repasaba pensativa las pruebas que le habían presentado, sobre todo las fotografías. El proceso ya estaba visto para sentencia y los allí presentes –el señor Quijano, la madre de Miguel, los abogados de ambas partes, los procuradores y el mismo Miguel– contenían la respiración esperando su veredicto.

Fueron apenas unos segundos, pero a Miguel le dio tiempo a repasar todo lo sucedido de principio a fin. Y volvía a verse con Pasamonte, Josema y Sansón –alias el Lince– ante la verja destartalada que teóricamente custodiaba la entrada de la casa de Alfonso Quijano, en el barrio de La Mancha. Aunque llamarla «casa» era mucho decir, porque daba la impresión de que iba a caerse en cualquier momento: estaba llena de grietas, y la pintura estaba desconchada por todas partes y dejaba ver unos ladrillos muy deteriorados por la erosión y el paso del tiempo.

–Tienes que entrar y destrozarle el huerto al viejo –le dijo Pasamonte, mirándolo fijamente a los ojos.

Efectivamente, junto a la casa había un huerto sorprendentemente bien cuidado, con una gran variedad de hortalizas, un sistema de riego por goteo, unas cañas entrecruzadas para las tomateras y unas estanterías de madera que acogían semilleros de los que asomaban los primeros brotes.

—Está muy currado —dijo Miguel.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo que te pille ese loco? —le preguntó Pasamonte mientras lo escrutaba con la mirada, en tono casi amenazador.

No era un tipo especialmente fuerte, pero, cuando te hablaba mirándote a los ojos, parecía atravesarte. La seguridad en sí mismo que desprendía te atrapaba y al mismo tiempo te intimidaba. Siempre con su media sonrisa burlesca, como si no se tomara nada en serio. Y con su cazadora negra de cuero y remaches de metal. Iba a todas partes con su bate de béisbol, pero lo que más intimidaba era que no lo llevaba como un arma, no lo mostraba de forma amenazadora; era como si fuera otro brazo más, algo que estaba pegado a su cuerpo. Pero en el momento menos pensado lo usaba y pillaba totalmente desprevenida a su víctima. Ese era su verdadero poder: que nunca sabías lo que estaba pensando, siempre era imprevisible.

—¿No fue ese viejo quien vio a Curro y a Juanfra pintando grafitis en la pared de su casa y se lio a palazos con ellos? —le recordó Miguel, tragando saliva.

—Si quieres entrar en los Felains, esto es lo que hay. Tú verás —añadió Sansón, que se estaba mosqueando con las pegas que le ponía Miguel.

Era un tipo forzado que se machacaba todas las tardes en el gimnasio del barrio haciendo pesas. Su físico intimidaba, y, a menudo, en los enfrentamientos con otras pandillas, su sola presencia hacía que los rivales se retiraran sin tener siquiera que llegar a las manos. Sin embargo, no era muy listo. Por eso Pasamonte lo llamaba jocosamente «el Lince». Y Sansón se lo toleraba. Pero a nadie más.

—Ya lo has oído. ¿A qué esperas? —sentenció Pasamonte.

Miguel se sintió atrapado. Es cierto que Alfonso Quijano tenía mal carácter, y también tenía fama en todo el barrio de estar como un cencerro; a veces iba por la calle hablando solo, sumido en sus pensamientos. No paraba de decir a voz en grito que los extraterrestres existían y que nosotros descendíamos de ellos. Se rumoreaba incluso que una vez se lo habían llevado los loqueros porque empezó a decir que una noche los extraterrestres lo habían abducido y lo habían llevado a su planeta, donde había vivido varios años. Pero como, según él, los extraterrestres tenían una tecnología que les permitía dominar el espacio y el tiempo, retrocedieron hasta el día en que se lo llevaron y lo dejaron en el punto exacto donde lo habían abducido. Estaba rematadamente loco; para Miguel eso estaba claro. Pero todos sabían que su único consuelo y su único pasatiempo al volver de la clínica mental donde había estado ingresado era ese huerto.

—¿Ahora te vas a rajar? —intervino Josema—. ¿Qué pasa? ¿Pensabas que esto te iba a salir gratis? Tenemos que saber si podemos fiarnos de ti.

Josema, alto y flaco, era el cerebro del grupo y un sabe-lotodo: siempre tenía respuesta para cualquier pregunta. Pero no tenía ni la fuerza de Sansón ni el espíritu de líder de Pasamonte.

Miguel sabía que ese momento era crucial. Si no obedecía, nunca podría entrar en los Felains y se seguirían metiendo a todas horas con él. Así que saltó la verja —podría haberla abierto tranquilamente, pero las bisagras habrían chirriado y habrían puesto a Alfonso Quijano en guardia— y

empezó a pisar y a patalear los surcos, las plantas, las cañas y los tubos del goteo sin pensárselo dos veces. En esos momentos era mejor no pensar. A continuación, tomó uno a uno los semilleros, volcó su contenido en el suelo y los tiró sin miramientos, junto con la estantería de madera. Mientras Pasamonte, el Lince y Josema reían y jaleaban desde la verja, Miguel contempló el resultado de su obra y experimentó una íntima e inesperada satisfacción por aquel destrozo.

–Veo que no te cortas un pelo, Sánchez. Eso mola.

Miguel odiaba que lo llamaran por el apellido. Pero se trataba de Pasamonte, el jefe de los Felains. Así que no protestó.

–Vamos, sal. Ya has cumplido. Así el viejo aprenderá que no tiene que meterse con los nuestros. Esto es por lo que les hizo a Curro y a Juanfra.

–No –dijo Miguel–. Aún no he terminado.

Sintió que había superado la prueba, que ya pertenecía a los Felains, pero quería ir más allá de lo que sus nuevos amigos esperaban de él. Quería demostrarles que no se arrepentirían de haberlo admitido. Así que sacó dos espráis de pintura y empezó a dibujar un grafiti en la pared de la casa. Su intención era pintar un platillo volante del que descendían dos marcianos verdes con antenas que saludaban a un viejo que llevaba camisa de fuerza. Pero en mitad de la faena se oyó una sirena acercándose a toda velocidad.

–¡La pasma! ¡Larguémonos! –dijo Pasamonte con urgencia–. ¡Algún vecino los habrá llamado!

Mientras Pasamonte, el Lince y Josema salían a la carrera, Miguel guardó a toda prisa los espráis y se dirigió

rápidamente a la verja. Intentó abrirla, pero se llevó una sorpresa: estaba cerrada con llave, algo que, al parecer, Alfonso Quijano hacía muy pocas veces. Así que saltó la verja... con tan mala fortuna que uno de los hierros oxidados se le clavó en el pantalón y Miguel quedó inmovilizado a horcajadas sobre la verja. Por si fuera poco, el mismo Alfonso Quijano salió de su casa atraído por el ruido de la sirena y, al ver los destrozos que Miguel le había causado, empezó a vociferar y se dirigió hacia él lleno de rabia. Miguel intentó desenganchar el pantalón a toda prisa para poder huir antes de que el anciano llegara hasta él, pero sus esfuerzos no le sirvieron de nada: la Policía llegó justo cuando liberaba su pantalón y se lo llevó detenido mientras Alfonso Quijano no paraba de gritar y de lanzar improperios contra él.

Por fin la jueza miró a Miguel. Fijamente, sin pestañear siquiera. Miguel esperaba una de esas frases que había visto en las películas americanas de juicios. «Póngase en pie el acusado». O algo así. Pero, en lugar de eso, la jueza lo sorprendió manteniendo una breve conversación con él:

—Acércate el micrófono, chaval. Y ahora dime por qué hiciste eso.

Y a continuación le enseñó las fotografías que había presentado la acusación, en las que se veía el huerto destrozado y el grafiti en la pared. Miguel tragó saliva.

—Quería formar parte de los Felains, ya se lo he dicho antes —dijo Miguel con cierta chulería.

—¿Te pidieron ellos que lo hicieras?

Miguel sabía que Pasamonte odiaba a los chivatos más que a nada, así que negó con la cabeza.

—No. Lo hice porque quise.

La jueza lo miró en silencio, sin terminar de creérselo.

—¿Tan importante era para ti? ¿Tanto como para hacerle estos destrozos en su casa al señor Quijano, que nunca te había hecho nada?

A Miguel la mirada intensa de la jueza casi le dolía, pero decidió no apartar los ojos; no quería parecer un cobarde que se echa a temblar a la primera de cambio cuando lo pillan. No. Quería transmitir seguridad y convicción.

—Usted no sabe lo que es el barrio de La Mancha. Allí tienes que tener amigos, porque cada zona pertenece a una pandilla. Y, si pasas sin darte cuenta por una donde les caes mal, cuando solo están ellos, lo tienes muy chungo. Los Felains se mueven por las calles que hay alrededor de mi casa y, cuando me topo con ellos, casi siempre se cachondean de mí y se meten conmigo. Y un día me decidí y les pedí que me aceptaran en la pandilla.

—O sea... que buscabas protección. Y a lo mejor no sentirte tan solo —concluyó la jueza.

Miguel no respondió y siguió mirando fijamente a su interlocutora. Pretendía parecer duro y desafiar a la jueza con su silencio, pero no pudo evitar que se le hiciera un nudo en la garganta, porque, efectivamente, Miguel era un tipo solitario sin apenas amigos. Y la jueza se dio cuenta.

—Entonces... ¿lo del huerto fue una prueba que te pusieron para entrar en su pandilla?

—Ya me ha hecho antes esa pregunta —le hizo notar Miguel.

–Sí, y no me la has contestado apropiadamente. Quiero que me digas si había alguien más contigo y que me des sus nombres.

–Ya le he dicho que estaba solo y que lo hice porque quise. ¿Qué más quiere saber? –dijo Miguel, desafiante.

–Hay testigos que dicen que había tres chicos mirando lo que hacías y jaleándote –le recordó la jueza.

–No sé quiénes eran. Seguramente pasaban por ahí por casualidad.

No iba a hablar más de la cuenta. Sabía que, si lo hacía, podía despedirse de entrar en los Felains. Y también era más que probable que tomaran represalias contra él; lo esperarían cualquier día en un rincón oscuro para darle su merecido. En cambio, si se mantenía en silencio, lo tratarían como a un héroe y entraría en la pandilla con todos los honores.

–Lo hice porque quise. Mi intención era hacerlos venir después para que vieran lo que había hecho.

Juana, su madre, apenas podía contener las lágrimas. Para ella esa situación era la gota que colmaba el vaso, y Miguel en el fondo lo sabía. Por eso no se atrevía a mirarla ni siquiera de reojo, ni estando muy cerca.

Tras la respuesta de Miguel, la jueza suspiró, entre resignada e impaciente, y volvió a revisar los papeles que tenía ante sí.

–Hurtos en varios supermercados, robo de exámenes en el instituto, varias expulsiones... Has perdido el curso por no ir a clase...

–¿Para qué ir allí a perder el tiempo? Por mucho que estudie, después no voy a encontrar curro. O me ofrecerán

uno que será una porquería y me explotarán por una miseria.

—No te he dado permiso para hablar, así que no me interrumpas —le dijo la jueza, sin alterarse pero con una contundencia que intimidó a Miguel—. Esos argumentos son la excusa fácil para rendirse, no dar golpe y hacer que los demás carguen con tu vida. Y eso no me gusta nada.

En su asiento, Alfonso Quijano asentía ostentosamente a las afirmaciones de la jueza. Y cuando Miguel hablaba, el señor Quijano resoplaba o soltaba algún bufido, mostrando su total desacuerdo y su rabia contenida, hasta el punto de que la jueza tenía que echarle de vez en cuando alguna mirada severa para que guardase silencio y dejara de hacer esos ruiditos tan molestos.

—Tienes un currículum impresionante para tu edad —continuó la jueza tras su silencio, con cierta ironía—. Si sigues por ese camino, dentro de unos años te veré ir derecho a la cárcel. ¿Es eso lo que quieres?

Entonces la madre de Miguel no pudo contenerse más y se echó a llorar desconsoladamente. En silencio, discretamente, casi de puntillas. Pero con un torrente de lágrimas imparable, como si de repente se hubiera roto una presa en sus ojos.

—No —contestó Miguel, afectado por el estado de su madre, a pesar de que intentaba disimularlo.

—Pues no lo parece, porque con todo lo que haces lo estás pidiendo a gritos —concluyó la jueza.

Alfonso Quijano observaba detenidamente cada reacción de Miguel, esperando ver en él un atisbo de arrepentimiento o, al menos, de miedo. Ese miedo que produce

descubrir de repente que todo acto tiene sus consecuencias y que uno tiene que ser suficientemente responsable para saber cargar con ellas, por muy duras que sean. El señor Quijano esperaba impaciente el castigo que la jueza iba a dictar para Miguel, confiando en que sería lo suficientemente duro como para que se le quitaran de por vida las ganas de hacer el gamberro.

«Y así sus amigos delincuentes se lo tendrán que pensar dos veces antes de volverse a meter conmigo», pensó.

—Voy a pronunciar mi sentencia—dijo la jueza, solemne. Y a continuación se aclaró la garganta—. A estas alturas no tendría sentido obligarte a volver al instituto, porque el curso está a punto de terminar y serías más un estorbo que otra cosa. Así que vas a prestar un servicio social de trescientas veinte horas repartidas en un mínimo de dos meses. Y las llevarás a cabo al servicio del señor Alfonso Quijano, reparando el huerto que le destrozaste, la pared que le ensuciaste con tus pintadas y haciendo lo que él considere oportuno.

La sentencia dejó a todos mudos de asombro.

—¿No va a encerrarlo en un reformatorio o algo así?—preguntó Alfonso, casi indignado, levantándose de su silla.

—A lo mejor es lo que a usted le gustaría, pero, por suerte, soy yo quien dicta sentencia y pienso darle una oportunidad al chico para enmendarse.

—¿Y voy a tener que cargar dos meses con semejante majadero?—continuó, cada vez más exaltado—. ¡Esto parece más un castigo para mí que para él!

—Síntese, haga el favor. O me obligará a tomar medidas contra usted—le advirtió la jueza, tajante.

El señor Quijano contuvo su enfado como pudo y se sentó, no sin antes soltar un sonoro bufido para que quedara muy clara su disconformidad con la sentencia.

—Yo tampoco quiero tragar con el señor Quijano, así que, si los dos estamos de acuerdo, ¿por qué no me manda hacer el servicio ese a otra parte?

—Porque te has pasado la vida haciendo lo que te ha dado la gana, sin tener nunca en cuenta a nadie ni ser capaz de ponerte en su piel, como te ha pasado con tu madre. Y ya va siendo hora de que aprendas a reparar el daño que has hecho.

La madre de Miguel fue incapaz de replicar a la jueza para darle la razón o para quitársela. Solo lloraba intentando hacer el menor ruido posible, como queriendo pasar desapercibida. Parecía tremendamente desvalida, como un pajarillo que se ha caído del nido antes de aprender a volar. A Miguel se le hizo de nuevo un nudo en la garganta al verla en ese estado.

—El secretario del juzgado redactará un documento que el señor Alfonso Quijano deberá firmar una vez que el menor Miguel Sánchez haya cumplido su servicio de trescientas veinte horas, dando su conformidad a los trabajos realizados por él. —A continuación, se dirigió de nuevo a Miguel—. Si no cumples con lo que digo, entonces tendré que plantearme medidas más severas, como ordenar tu ingreso en un centro de menores. ¡Se levanta la sesión!

Y la jueza salió de la sala. Miguel y el señor Quijano se miraron. Este parecía a punto de estallar de pura rabia.

—Te espero mañana a las siete en mi casa.

—¿De la tarde? —preguntó Miguel con frialdad.

–No. De la mañana. –Y acto seguido le tendió con extrema delicadeza un paquete de clínex a Juana—. Tenga, señora, es todo cuanto puedo ofrecerle. Se la ve a usted buena mujer. Siento que tenga que cargar con un hijo tan impresentable.

A continuación, le dio la espalda a Miguel y se fue.